

# BALSA SEIS

Almirante C.G. DEM. C. A. **Martínez Pretelín**

Considero importante enfatizar que ésta es sólo la narración de lo vivido en una balsa, hay que tomar en cuenta que cada naufragio, cada balsa y cada hombre vive una aventura diferente, sin embargo; todos coincidimos en algo: el trabajo en equipo y el ideal de llegar a ser rescatados.

...al darse la orden de iniciar el abandono, los miembros de la balsa liberaron las trincas y los flejes; la levantaron y la lanzaron por la borda... al hacer contacto con el agua se escuchó el sonido del CO<sub>2</sub>, que inició el inflado...

...el desayuno constó de una bolsita de 125 ml. de agua y una galleta de color y forma de las gomas de migajón, con sabor a mazapán...

...al tercer día el "mazapán" se está volviendo insoportable...

Artículo de interés profesional que narra en forma anecdótica el ejercicio de supervivencia en una balsa salvavidas durante cuatro días en aguas del océano Pacífico.

## Primer día:

**L**A ALARMA DE ABANDONO DE BUQUE comenzó a sonar intermitentemente. En el lenguaje Morse se diría que escuchamos una raya larga... Todos los tripulantes corrieron a las balsas que previamente les habían sido asignadas. Los jefes de cada una de ellas le ordenaron al personal bajo su mando, numerarse; comprobaron que estuvieran todos completos y luego informaron al puente que estaban listos. A continuación se dio la orden de iniciar el abandono. Los miembros de la balsa uno, quitaron las trincas y los flejes del "caca-huate", la levantaron y lanzaron por la borda. Inmediatamente, al hacer contacto con la superficie del mar, se escuchó el sonido del CO<sub>2</sub> que inició su inflado. Poco a poco, como si se tratara del genio de Aladino que empezara a estirarse para dejar su incómodo alojamiento en la lámpara, así la balsa empezó a hacer movimientos raros y fue tomando forma hasta quedar armada en unos cuantos minutos. A continuación el jefe de la misma le ordenó a dos de sus hombres, lanzarse al

agua, introducirse en ella y remar vigorosamente para alejarla del costado ya que cuando un barco se hunde, succiona todo lo que se encuentra a su alrededor. Cuando ésta fue situada como a 150 mt. los dieciocho tripulantes que restaban empezaron a lanzarse al agua. Se formaron en la banda de estribor, se acercaban en parejas a la borda; con la mano derecha se apretaban la nariz y con la izquierda tomaban el codo del brazo citado y hacían presión para oprimir fuertemente el salvavidas contra su cuerpo, ya que si no lo hacen, al caer al agua éste se levanta bruscamente y puede golpearles la cara. Simultáneamente, en la banda de babor, la dotación de la balsa dos en forma similar comenzó a saltar, tomando la precaución de mirar hacia abajo para comprobar que el lugar de caída estuviera despejado y no caer sobre algún compañero. El salto no es como quien se lanza desde un trampolín, impulsándose hacia delante; el tripulante simplemente mira hacia el frente y da un paso adelante cruzando las piernas en el aire para

de esta manera descender con el cuerpo vertical, sin hacerse daño al caer.

Tocó el turno a los de la balsa tres; casi todos repitieron mecánicamente el procedimiento, menos uno, que al llegar a la borda vaciló y tuvo necesidad de pedirle a su compañero de atrás que lo empujara. Al estar todos en el agua, se oyó claramente el grito del jefe de balsa ordenándoles que se agruparan. Los más adelantados detuvieron su nado y empezaron a flotar, esperando al resto. Los intermedios voltearon en busca de algún compañero que requiriera ayuda. Cuando estuvieron juntos, avanzaron todos como si se tratara de un pequeño y lento cardumen. Lento porque hay que ahorrar energía. No se trata de una competencia. Cardumen porque agrupados como estaban, actúan como un equipo asistiéndose mutuamente o poniendo en ejecución el procedimiento para el caso de que aparecieran invitados indeseables: los tiburones.

Los de la balsa cuatro hicieron lo propio pero no tuvieron mucha suerte, pues cayó con el fondo hacia arriba, pegada como lapa al agua. Los dos hombres que inicialmente se lanzaron para remar y alejar la balsa del costado, tienen a su vez la consigna de darle la vuelta en caso de que caiga



mal. Uno de ellos se sube a la misma, cerca de donde se encuentran ubicados los tanques de aire comprimido y se aferra fuertemente a una amarra predispuesta, y con el peso de su cuerpo se balancea hacia atrás, obligándola a darse la vuelta. Si no lo consigue, se sube su compañero y entre los dos lo intentan las veces necesarias. Estuvieron luchando un buen rato y como a las milquientas lo lograron. Deben estar muy listos pues normalmente la balsa les cae encima y tienen que salir nadando, esa es la razón por la cual, cuando se suben a ella, lo hacen donde están ubicados los tanques, ya que de lo contrario los golpearía. A los de la balsa cinco, que se veían muy animados para lanzarse al agua, les costó trabajo separarla del costado ya que al quedar el barco al paio, lo influyen el viento y la corriente, y eso dificulta las cosas. Estuvieron luchando con la corriente empleando los dos pequeños remos con que viene dotada; cuando finalmente la separaron, la abordaron ordenadamente.

Tocó el turno a la seis, mi balsa. Cayó bien al agua, se abrió correctamente y se empezó a alejar con facilidad. Uno tras otro nos fuimos lanzando en un mar de 1373 brazas de profundidad a 20 millas al Oeste de Manzanillo. Yo fui el último. Vestía un overol azul y salvavidas. Colgados del cinturón traía una lámpara y una faca. Me pareció, mientras nadábamos, que había un poco de marea roja, pero eso no fue problema. En un grupo compacto nos dirigimos hacia la balsa. Nadamos como 300 metros, cosa nada agradable porque eso significaba tener que consumir energía extra. Faltando unos 75 metros el psiquiatra que nos acompañaba se rezagó y hubo que regresar por él. Los dos que inicialmente subieron primero, ayudaron a los siguientes a subir y luego todos cooperaron en esta faena. Apenas estaba buscando un punto de apoyo en la escala de abordaje para impulsarme cuando sentí que dos brazos me proyectaban hacia el interior. Dando tumbos, fui el último en subir. Miré a mi alrededor y todos me estaban viendo.

Empezamos por acomodarnos. Nada de espacio vital, más bien, compartir espacios. La primera acción era verificar nuevamente la presencia de los hombres bajo mi mando; éramos 20; a continuación iniciamos el achique del interior. La balsa viene dotada de un par de pequeños recipientes de plástico y de esponjas, con ellos además algunas camisas que empapábamos y las pasábamos de mano en mano para que las exprimieran en el exterior, la fuimos poniendo habitable. Cuando ya no hubo restos de agua, esperamos que el calor del cuerpo secase nuestras ropas.

Lanzamos el ancla de capa para ponerle un freno a la deriva, nombramos las guardias de mar de una hora de duración y para romper el hielo mi ayudante y yo, hicimos la primera que duró casi dos. Empezó la larga muestra de paciencia y perseverancia. La boca sabía a sal, pero nos dijeron los instructores que el primer día no debíamos consumir agua ni alimentos. Todos tragamos, en seco, una pastilla para evitar perder líquidos por mareo. Probamos ponernos más cómodos quitándonos los zapatos; estuvo bien pero eso nos robó espacio. Pronto nos dimos cuenta de que, no obstante haber un viento moderado, el uniforme no se iba a secar tan rápido, por lo que algunos optamos por ponernos el salvavidas, pues el material de que está hecho mantiene el tronco a buena temperatura en tanto que otros se descubrieron el torso y usaron el salvavidas como almohada para intentar dormir.

En un instante el interior de la balsa quedó en silencio; sólo nosotros y nuestros pensamientos. ¿Porqué nos lanzamos al agua?, me preguntaba, si las técnicas indican que uno puede abordarla descendiendo por una red de desembarco o por un cabo y así permanecer con las ropas secas. Y yo me contestaba porque es el primer ejercicio de este tipo que se hace en la Fuerza Naval del Pacífico y aunque no se note, muchos de los 120 que estamos en las balsas, vienen teme-

rosos. ¿Quiénes serán los miedosos en ésta?, me decía. Y los miraba. Todos tenían los ojos cerrados. Tal vez, decía, los Infantes de Marina que no están tan familiarizados con el mar como la gente de a bordo. En eso se levantó un marinero y con una cara verde como limón, vomitó. Ni tan familiarizados, pensé. Al poco rato tocó el turno a un Infante; estábamos empatados. Transcurrido un rato, eso dejó de ser novedad, sin embargo, la pregunta estaba en el aire, pero nadie tenía cara de asustado.

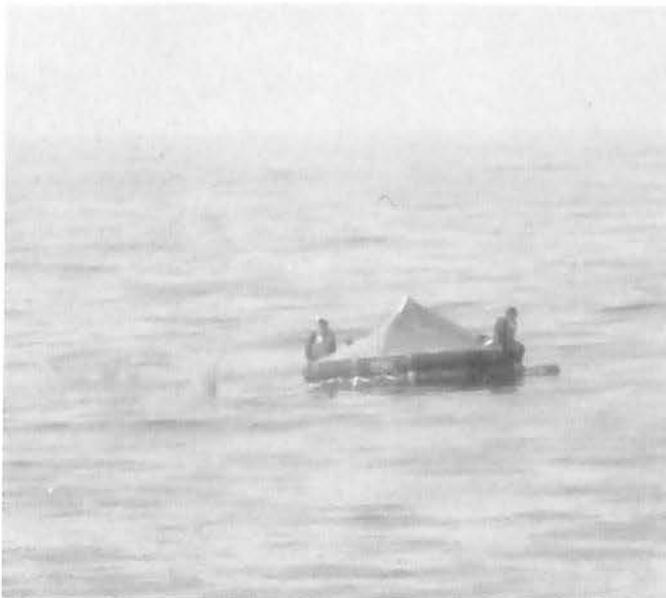
Como equipo extra por ser jefe de balsa, llevaba un radio VHF para usar en caso de emergencia, mismo que puse a cargo de un Oficial con especialidad en comunicaciones. Con éste podíamos comunicarnos entre balsas y con un barco que se encontraba en el área y que hacía las veces de nodriza. Empezó a caer la tarde. El resto de las balsas se encontraban dispersas en un radio aproximado de una milla e incluso se escuchaban las voces de quienes platicaban. Qué buena acústica, pensé, nunca me lo hubiera imaginado. Esta práctica la pudimos haber hecho con todas las balsas amarradas, eso les da más confianza a los naufragos y son más fácilmente localizables, pero en mi opinión, tratándose de un ejercicio en alta mar, eso aumentaba el peligro de que alguno de los barcos que navegan por



las rutas marítimas que comunican a Manzanillo con el mundo, nos llevara de corbata, de manera pues que optamos por la dispersión; lo cual era más divertido.

Al entregar la guardia debíamos informar dónde se encontraban las otras cinco balsas, dónde el barco nodriza, qué otros barcos navegaban por el área, cuál era la dirección del viento, de la corriente y si la costa estaba visible qué puntos se reconocían. La hora del ocaso fue a las 18:49 Sierra. Estábamos al final del otoño y el cielo se puso rojizo por el reflejo de la luz en los cúmulos. El viento era una brisa moderada, muy agradable si nuestras ropas hubieran estado secas, pero todavía estaban húmedas. Las olas tenían como un metro de altura. Una ganga, me decía.

Tiempo para meditar, comentábamos en la balsa. El crepúsculo duró 45 minutos. Está empezando el mes de diciembre. Estamos cumpliendo cuatro meses de haber llegado a Manzanillo. El nuevo régimen ya cumplió un año. El Ejecutivo prometió muchas cosas pero la crisis económica lo está haciendo aparecer como poco cumplidor. El Legislativo y el Ejecutivo no se ponen de acuerdo en muchas cosas y da la impresión de que la inseguridad del primero (por su recién adquirida autonomía) lo orilla a medir



sus fuerzas con el segundo, pero el tiempo que no perdona, sigue su curso, y en ocasiones parece que hay inmovilidad. Algunos integrantes del gabinete, al hacer declaraciones sobre un tema común, parece que no se ponen de acuerdo entre ellos y se contradicen. En general, se diría que no hay una idea clara de lo que son aspiraciones, intereses y objetivos nacionales. Como que la lucha de partidos está por encima del Estado nacional. Bueno, ese no es nuestro boleto. Si bien es cierto que a todos nos afecta eso, y más a nivel institución con los famosos recortes presupuestales, por ahora nuestra máxima preocupación es que apliquemos correctamente la instrucción recibida y que terminemos bien nuestro ejercicio real de sobrevivencia en la mar. Como bien dijera Scarlett O'Hara en *Lo que el Viento se Llevó*, "mañana será otro día". Borremos eso de la memoria.

Ya viene el fin de año y éste será, seguramente, como lo dicta su majestad la televisión y nuestras costumbres: de muchos brindis y comidas prenavideñas, navideñas y postnavideñas. Ojalá que estos días de abstinencia total nos sirvan para disfrutar mejor los sabores. Qué estoy pensando, si ni siquiera llevo 24 hrs. sin agua ni alimentos. Borremos esto de la memoria. Pensaré mejor en mujeres. Pero no, ni siquiera ese consuelo me queda. Seguramente se me escurrirían las lágrimas y va a ser muy penoso que me vean llorar mis subordinados, sobre todo porque nunca sabrán si es porque tengo miedo de estar en esta balsa o porque hay cosas que nunca jamás volverán, aunque se digan maravillas de las nuevas pastillas. Basta de tonterías. Veamos mejor al cielo. La Osa Mayor se ve claramente y todo parece indicar que nos dirigimos al Este, o sea, hacia tierra.

Vimos pasar como a cuatro millas, un barco mercante, para evitar que nos brindaran auxilio, anticipadamente le hicimos saber a la Capitanía de Puerto, para que a su vez le comunicara a los buques, que durante

los próximos dos meses íbamos a efectuar ejercicios reales de sobrevivencia. Justo a las 20:00 hrs. acudí a la musicoterapia encendiendo la radio que llevaba como parte de mi equipo. La combinación de música y noticias fue como un bálsamo. No alcanzaba a ver las caras de mis compañeros pero comprendí su poder curativo en nuestras mentes ya que casi inmediatamente empezaron las conversaciones y las risas. Comprobé asimismo que una hora de guardia nocturna, no era una medida práctica porque entre ir a despertar al relevo y acomodarse para dormir, eran movimientos que se sumaban al movimiento propio de la balsa, lo que impidió que la mayoría de nosotros pudiera conciliar el sueño. Para facilitar las cosas opté por encender mi lámpara un momento mientras se efectuaban los relevos. Fue una noche difícil para algunos, porque nuestras ropas todavía no estaban totalmente secas, en cambio otros roncaban.

### Segundo día:

Poco antes de la una de la madrugada le dije a los que estaban de serviolas que se fueran a acostar e invité a mi compañero de la guardia para que durante dos horas vigiláramos fuera de roll, así lo hicimos y me pareció que el resto pudo conciliar mejor el sueño. A la noche siguiente cambiamos la duración de las guardias nocturnas. La polar continuaba viéndola a mi izquierda. Si no estaba equivocado, seguíamos derivando hacia el Este. Me dormité lo que restaba de la madrugada. Hubo un momento en que no aguanté el frío en los pies y me puse los tenis. No vi el amanecer, sin embargo pude consultar el reloj a la hora del orto, eran las 07:16. Pensé que me despertaría con la garganta seca, como cuando toma uno un trago extra de licor, pero no, estaba bien. Miré a los mareados y estaban ojerosos.

Decidimos servir el desayuno a las ocho de la mañana. Al abrir el recipiente al que le llamábamos la bolsa del tesoro, nos

dimos cuenta que le había entrado agua el día anterior, por fortuna los alimentos estaban bien sellados. Dicha bolsa traía raciones de agua para 25 personas durante nueve días, dos sábanas térmicas, botiquín de primeros auxilios, recipiente para recolectar agua, silbato, señales fumígenas, bengalas, kit de reparación y fuelle. El desayuno constó de una bolsita con 125 ml. de agua y una galleta del color y la forma de las gomas de migajón. Según se sabe dicha galleta está hecha de avena, trigo, maíz, coco y miel que equivalen a 400 calorías. Con excepción de los mareados, la mayoría nos la comimos más que con apetito, con curiosidad. Tiene sabor a mazapán. Supongo que ya en el estómago, se infla, porque no tuve la menor señal de hambre durante varias horas. No obstante que en las aulas nos dijeron que no coma uno si no hay agua para tomar; mi ración no me la tomé, la guardé para más tarde.

Les di una pastilla contra el mareo a los hombres verdes y observé que el resto seguía la técnica aprendida en el CINOP\*: tomaban un pequeño sorbo y se enjuagaban la boca durante varios minutos para luego tragarla. Con el objeto de no contaminar el mar, depositamos las bolsas vacías y las envolturas de las galletas en un recipiente de plástico. Pusimos música para arrullarnos y

\*Centro de Investigación Naval Operativa del Pacífico.



de nuevo, como si estuviéramos en una porqueriza, permanecimos en posición horizontal, pensando en la inmortalidad del cangrejo. Me reportaron que un Dorado nos andaba merodeando y eso me recordó que teníamos que procurarnos alimentos extra, por lo cual el curricán que llevaba para esos menesteres entró en funciones. No teníamos la suficiente velocidad para remolcarlo, pero lanzándolo hasta donde podíamos y luego cobrándolo, trabajaba bien. No mordió nada en todo el día, pero vimos saltar barriletes no lejos de donde nos encontrábamos.

El día estaba medio nublado y por lo tanto, el calor era soportable. Quien sabe a que horas tomé mi agua; estuvo excelente. En el horizonte se delineaba la costa, ahora la veía a mi izquierda, íbamos paralelos a ella, esa era la dirección de la deriva que esperábamos desde el día anterior. El resto de las balsas continuaban dispersándose, pero estaban a la vista. La mar estaba tranquila, sin embargo no era fácil orinar. El día de ayer no vi a nadie que lo intentara, pero hoy decían algunos que no habían logrado vaciar la vejiga. Cuando quise hacerlo, sentí como si estuviera de pie sobre una cama de agua.

Todo se movía y me inhibía las ganas. Opté por pararme a horcajadas frente a la ventila, apoyar la espalda en la estructura de



la balsa y orinar dentro del recipiente de plástico que empleamos para achicar, funcionó.

Entramos de guardia en la tarde. Qué lento daban vueltas las manecillas del reloj. Me puse a leer los letreros impresos en el exterior de la balsa; la manufacturaron en Esbjerg, Dinamarca. ¡Sorpresa!, la balsa está en servicio desde noviembre del 85; a partir de esa fecha le hicieron inspecciones cada año, hasta el 94. Después a los dos años y ya no hubo otra más, es decir, lleva cinco años sin haber sido abierta. ¡Qué interesante!. Servimos la cena a las 18:00 hrs. La galleta fue comida con menos entusiasmo que en la mañana. Los hombres verdes, que habían aumentado a tres, ni la probaron (dos marineros contra un Infante, mala cosa, íbamos perdiendo los supuestos lobos). Por curiosidad vi la fecha de caducidad del agua; exactamente cinco años. Estábamos en los límites pero nadie se quejó de nada. ¡Que suerte! Igual que en la mañana, la guardé para más tarde. En mi guardia vi la costa a mano derecha ¿Estaremos girando?

### Tercer día:

Esta madrugada el viento comenzó a refrescar y la mar se hizo más rizada. Me dio sed y por fortuna mi bolsita de agua estaba llena. Se veían frente a mí dos resplandores muy distantes, tal vez Barra de Navidad y Manzanillo. Otra vez la pregunta: ¿Dónde estaremos con respecto al punto en que abordamos las balsas? Amaneció y a pocos de nosotros se nos veían ganas de cambiar de posición. Aumentó el movimiento y las dificultades para orinar se hicieron mayores. La orina se hizo más oscura y hasta ahora ninguno había tenido ganas de defecar. Hoy nos visitó una caguama mediana. Vino a curiosear y se acercó tanto que en un momento de desesperación creo que pudimos haberla capturado. Mordió un Dorado. Hubo excitación entre nosotros, pero se zafó. El mazapán se está volviendo insoportable. Yo tomo pequeños trocitos para que los jugos

gástricos no vayan a dañar mi estómago, pero hambre no tenemos. Para romper la monotonía enciendo la radio por varias horas. Todos dormimos bastante. Revisamos nuestro tesoro y vemos que traemos existencia de agua suficiente como para dar una ración extra, y la damos, la reciben con júbilo, como si fueran dulces repartidos a niños. Pasó relativamente cerca un buque porta-contenedores y alguien dijo que si como hombres de mar nos hubieran mostrado su solidaridad enviándonos una caja de refrescos de cola, se lo hubiéramos agradecido eternamente. Nadie extraña la comida, todos soñamos con líquidos. Hubo quien preguntó ¿Qué pasaría si en este momento me tomara un refresco frío sin respirar? Antes de iniciar el ejercicio yo pensaba que iba a delirar por un par de huevos estrellados con tocino al lado, frijoles refritos, queso, y pan tostado, pero no, no era así, ni me acordaba de ello. El psiquiatra amenazó que mañana haría entrevistas. Todos lo vimos como bicho raro.

#### Cuarto día:

Hoy todos amanecemos optimistas. Para bien o para mal, la duración del ejercicio la fijamos en 96:00 hrs. Todos nos sentimos bien porque mañana seremos rescatados. Otra cosa sería si, para darle mayor realismo no hubiéramos anticipado el término, seguramente las caras estarían un poco largas. Tengo la costa a mis espaldas, la he visto de frente, a la derecha y a la izquierda. El estado de la mar mejoró pero hace calor. Algunos se descubren el torso. Las aves nos ven con curiosidad. Sólo hay una balsa a la vista. Es increíble cómo se puede distinguir el color anaranjado en la mar. El primer día parecían tiendas de campaña flotantes. A estas alturas optamos por no consumir mazapanes y devolverlos para que los empleen en los siguientes ejercicios. Reportan un crucero que se avista en el horizonte, seguramente rumbo a Manzanillo. Si es así, hemos estado dando vueltas y no hemos derivado gran cosa no obstante el viento fresco

y la marejada de ayer. Me avisaron por la radio que mañana la prensa estará en el buque nodriza.

El psiquiatra se animó y empezó a formular algunas preguntas. Todos contestamos sin mucho entusiasmo, casi con monosílabos. Somos una fauna variada la que va en esta Arca. Hay tres jóvenes de 21 años y yo que tengo 58. La gama de grados es desde marinero hasta Almirante, 14 casados y seis solteros, todos católicos, desde un año de estancia en la Armada hasta 42 años de servicio, originarios de todas partes de la República siendo mayoría los de Veracruz, Guerrero y Oaxaca, en tanto que la minoría son de Tlaxcala, Durango e Hidalgo, entre otros. Algunas respuestas a la pregunta sobre qué pensaban del viaje, fueron interesantes. "Tenía temor", dijo uno, "pero al llegar aquí se me quitó". ¿"Qué vamos a hacer tanta gente apiñada ahí"? se preguntó en su momento otro; "Pero veo que sí cabemos", aclaró. Hubo un rudo que dijo: "Es un reto, qué otra cosa puede ser". Otro, a quien sólo le faltó escupir por un colmillo, manifestó: "Es un viaje como cualquier otro, yo ni siquiera avisé en mi casa". "Es un descanso", dijo alguien que se la había pasado dormido durante estos días. "Es estar en contacto con lo que no se tiene", dijo un chilango. Cuando preguntaron qué habían dicho en sus casas



al salir: "Yo no avisé nada", dijo uno, "porque no me gusta preocupar a mi mujer". "Le dejé dinero", dijo un casado. "Le hablé por teléfono a mi mamá", dijo un soltero. "Se lo dije a mi hija con el encargo de que no se lo dijera a su mamá", manifestó otro más. "Me sorprendió haber sido seleccionado", dijo un incrédulo. En cuanto cómo les había afectado, hubo de todo. Cefalea, mareo, irritabilidad gástrica, debilidad general, insomnio, dolor corporal, gingivitis, etcétera, pero en general la entrevista no arrojó nada del otro mundo. "Qué simples estos de la Fuerza Naval", debió haber pensado el psiquiatra.

Llegó el crepúsculo vespertino y había cierta expectación porque pretendíamos dar inicio a nuestra práctica de lanzamiento de bengalas con paracaídas integrado y de mano. Todo nos salió muy bien; eso fue un carnaval y nos mantuvo entretenidos. Excitados por el espectáculo que acabábamos de ver, decidimos dormir. Por la continuación de las pláticas se podía deducir que nadie tenía sueño. De repente, cerca de la medianoche vimos una bengala fuera de programa y alcanzamos a escuchar un diálogo por VHF donde el Capitán que iba al frente de la balsa reclamaba haber lanzado tres de ellas y que el buque nodriza no le había prestado atención. También manifestaba tener dos enfermos. En ese momento aceleré las cosas y no obstante que las pilas estaban casi descargadas, nos oyeron y se pusieron en movimiento. El asunto duró poco más de una hora. Finalmente nos enteramos que ambos quedaron encamados por padecer gastritis uno de ellos, y deshidratación moderada el otro. El ajetreo me produjo mucha sed, por fortuna había guardado mi ración de agua de la cena. Después que pasó todo pude percatarme que una gaviota descansaba en la balsa, ahí permaneció por horas.



## El rescate:

A las ocho nos sobrevoló un avión de la **Armada de México**. Ninguna de las otras balsas estaba a la vista. Pusimos a funcionar nuestra señal fumígena y un denso humo anaranjado ayudó a nuestra localización. "Este arroz", dijimos, "ya se coció". Continuamos con nuestra actividad cotidiana, nadie, absolutamente nadie quiso probar la galleta. En eso estábamos cuando mordió un pez y se armó gran ajetreo esperando que no se zafara como el anterior, no lo hizo. Era un cazón como de 50 cm. lo subimos y se movió con mucho vigor pero unos cuantos lamparazos dados con el mango de la misma, lo pusieron en paz. Le saqué las vísceras y las dispersé esperando que sus compañeros acudieran a husmear. Lo lavé bien y corté pequeñas tiras de vientre, las cuales repartí entre todos, excelente platillo, lástima que no mordió unos dos días antes. Su carne nos hidrató, estaba fresca y húmeda. Su piel tenía la textura de la lija, pero no importó mucho porque la regresábamos al mar.

A las nueve dio inicio el rescate. La balsa seis fue la última en ser auxiliada. Subí al final de todos. Al pisar la cubierta sentí que no podía caminar en línea recta pero pronto me recuperé. Me dieron a tomar suero y me llevaron a la enfermería para la medición de signos vitales. Fui a la cámara de Oficiales y ya estaba ahí la prensa con sus micrófonos y flashes.

Cuando todo eso hubo terminado nos sentamos a platicar y a disfrutar con toda tranquilidad de un puchero de pollo. Cuando estuvimos más o menos hidratados nos concentramos en popa, les dirigí unas palabras y nos echamos tres hurras. ¡Ojalá que esta experiencia nos sirva para la hora de la verdad!